

PQ7297

Z3

M4

V.5



FONDO EPITAFIO
VALVERDE Y TELLEZ

para el siguiente día el sacar del torrente el cadáver.

Don Emilio, pues, viendo que era inútil permanecer por mas tiempo en aquel sitio, se despidió de su amigo D. Manuel que, como hemos dicho, se propuso conducir al siguiente día á Texcoco el cadáver de su antiguo y leal dependiente, y tomó el camino de la ciudad, marchando con Willey y Duval detras del coche en que iban Inés y Clotilde.

Eran como las once de la noche, cuando los silenciosos ginetes descubrieron entre las sombras las blancas torres de las iglesias de Texcoco.

—Triste ha sido la conclusion de nuestro día de campo.

Dijo Don Emilio interrumpiendo el silencio en que hasta entonces habian caminado, y animado con la vista de la ciudad que estaba ya próxima.

—¡Oh! sí; muy triste.—Exclamó Duval con hipócrita y conmovido acento.— La muerte de un jóven tan recomendable como

058200

Nuñez, dejan una huella profunda en el corazón.

—Yo, por fortuna, le traté muy poco:— interrumpió Willey;—y digo por fortuna, porque así, por doloroso que me haya sido su fin trágico, nunca puede haber llegado mi pena, que es profunda, al grado de la que deben sentir los que se honraron con su amistad.

—Es cierto:—contestó Landeta.—Sobre todo, quien ha quedado inconsolable, es su antiguo principal, mi amigo D. Manuel.

—Como que aun conservaba la esperanza, despues de haberle visto sumergirse en el torrente, de que no fuese Nuñez el ahogado, y acompañado de los mozos, que iban provistos de hachones de brea, y seguido de nosotros, recorrió todos los sitios del Molino, llamándole en alta voz, aunque inútilmente.

—¡Pobre amigo mio! Este triste acontecimiento ha sido para él un golpe terrible.

—Como que su franca fisonomía revela un corazón bondadoso.—Respondió Duval.—Desde el momento que le ví, me sim-

patizó su presencia, aunque al mismo tiempo me recordó un acontecimiento desagradable.

—¿Sí? ¿Y cuál?

Preguntó Landeta.

Duval, que estaba persuadido de que D. Manuel, si no le habia contado ya á Landeta la escena que tuvo en Tlalpam cuando encontró á su hijo jugando en su casa, se lo contaria, y queriendo ademas descubrir si la sorpresa de aquel hombre reconocia la causa que él temia, contestó:

—El haber encontrado á su hijo Ernesto en mi casa, poniendo ligeras cantidades al azar de las cartas.

—Sí; era un jóven que estaba dominado por la pasión al juego, y que al verse arruinado se quitó la vida.

—Y aunque en esa desgracia no tenga yo la menor culpa, pues Ernesto jugaba en todas partes, sin embargo, me retraje, durante nuestro paseo, de entrar en conversacion con D. Manuel, á pesar de la simpatía que hacía él he sentido, por temor de que me guarde algun resentimiento por cosa en

que, como he dicho, no tengo la menor culpa.

—Ha hecho vd. muy bien en retraerse de hablarle; porque, en efecto, es un hombre que mira con horror el juego, y que está mal prevenido contra todos los que tienen casas de banca.

—Yo respeto su dolor y sus ideas.

—Ya vé vd. que la pérdida de un hijo le hace disculpable de su prevencion hácia los jugadores.

—¿Y viene por mucho tiempo á México?

—Hasta descubrir el paradero de una pobre jóven, á quien un amigo suyo ha dejado, al morir, por heredera de sus cuantiosos bienes.

—Noble mision es esa por cierto, y muy digna de él.

—Sin duda: Dios se vale de sus buenos hijos para llevar el consuelo á los desgraciados, y á éste le ha elegido para eso, y para volver la honra á una familia, cuyo apellido se ha visto manchado hasta hoy por un malvado.

—¿Cómo!

Dijo alarmado Duval.

—Sí, amigo mio: D. Manuel ha venido á evitar que siga siendo yo injusto con el hijo de mi antiguo amigo Cabrera.

—¿Será posible?

Exclamó Duval palideciendo.

—Sin duda.

—¿Pero está convencido de ello?

—Enteramente: puesto que conoce al verdadero criminal.

—¿Cómo...! Dijo cada vez mas demudado Duval.

—Le ha visto.

—¿Dónde?

—En México.

—¿Cuándo?

—Hace aun poco tiempo.

La situacion de Duval era cada vez mas penosa.

—¿Y le ha dicho á vd. quién es?

—No, porque ignora su nombre.

La sangre volvió á circular en las venas de Duval.

—Pero sabrá donde vive.

•-Tampoco lo sabe aún; pero cree que le será fácil averiguar.

—¡Oh!—pensó Duval para sí;—aun es tiempo de salvarme: ese hombre me ha conocido sin duda, y es preciso que muera. Nuñez, acaso, le hizo saber mi amenaza con respecto á Ricardo, y esto tal vez le ha obligado á guardar silencio con Landeta. ¡Oh! sí; pero de cualquiera manera que sea, es preciso que ese hombre deje de existir.

—Bien veo—dijo D. Emilio notando el silencio de Duval—que la aclaracion de la inocencia de Cabrera, porjudica á vd. con respecto á la correspondencia amorosa que esperaba vd. alcanzar de Clotilde; pero no dudo que le será á vd. muy satisfactorio saber que el apellido del hombre que, como vd., anhela la mano de mi protegida, se halla, por fortuna, limpio y sin mancha.

—Y no se ha engañado vd., D. Emilio. Si yo lamentaba la eleccion hecha por Clotilde—dijo con refinada hipocresía Duval—no fué porque dejase de conocer las bellas cualidades que adornan á Leopoldo, sino

porque queria evitar á su hija de vd. la vergüenza de verse despreciada de la sociedad que creia deshonrada, por un hecho infame, la vida del padre de Leopoldo.

—Así lo he comprendido siempre.

—Pero hoy que vd. me asegura que su apèlido está libre de toda nota deshonrosa, yo que no aspiro mas que á la felicidad de la mujer que amo, estoy dispuesto á hacer hasta el sacrificio de renunciar á la posesion de su hermosa mano, si cree que uniéndose á Leopoldo alcanzará esa felicidad.

—Ese rasgo le enaltece á vd. á mis ojos:—exclamó D. Emilio admirado.—Pero aun no debe vd. renunciar á la esperanza: primero es preciso que D. Manuel me haga ver, como espero, que en efecto el padre de Leopoldo no fué quien falsificó las libranzas, y después, que Clotilde, en vista de la constancia de vd., de su generosidad y de su abnegacion, haga la eleccion que juzgue mas conveniente.

Al terminar estas palabras el coche entró en la ciudad, y poco despues se detenia en la puerta de la casa de D. Emilio.

Duval y Willey se despidieron de las señoras y de Landeta, y se dirijieron á caballo hácia la posada en que estaban alojados.

—¡Oh! está visto que no he conseguir la posesion de esa mujer que me desprecia, y á quien adoro á pesar de sus desdenes.

Exclamó Duval con rabia al verse distante de la casa de Clotilde.

—En efecto, está vd. de desgracia. Ya iba todo bien, cuando se ha presentado ese hombre á trastornarlo todo.

—¡Oh! la fatalidad me persigue.

—Y el cielo parece que se ha propuesto que tenga Leopoldo un defensor de su honra.

—¡Maldicion!

—Apenas ha muerto Nuñez, cuando se ha presentado ese anciano; y temo que si muriere éste, se presentarian otros y otros á declarar la verdad.

—¡La verdad!

Dijo Duval sobrecogido de terror.

—¡Y eso qué males le podrian traer á vd? ¿que se casase Clotilde con Leopoldo? ¡Gran desgracia! Yo creo que eso, lejos de

serle á vd. contrario, le seria un bien notable, porque saldriamos de este pais, donde pueden descubrir nuestras gracias, irnos á Europa á disfrutar de las riquezas adquiridas, y casarse vd. allí con una mujer mucho mas hermosa que Clotilde, y sobre todo, que amase á vd.

Pero no era el temor de perder á Clotilde el que alarmaba en aquel instante á Duval, sino el de ser delatado por el anciano D. Manuel, como falsificador.

Habiendo ocultado á Willey aquel pasaje de su historia, para que no exigiese de él la mitad de los bienes que poseía antes de que se asociasen, creia que solo habia un hombre que conociese al autor de aquel crimen, Nuñez; pero apenas su corazon empezaba á respirar tranquilo por la escena sangrienta que acababa de tener lugar en el Molino de Flores, cuando se vió amenazado del mismo peligro que creyó haber conjurado. Habia otro hombre que sabia, como Nuñez, su crimen, y este hombre era D. Manuel: el mismo á quien habia cobrado las libranzas.

Duval se estremeció al considerar en las circunstancias críticas en que se encontraba.

Una palabra cualquiera de D. Manuel podía perderle; conducirlo al patíbulo.

Duval se puso pálido, y tembló.

Solo quitando la vida á aquel hombre, podría evitar salvarse.

Pero ¿cómo?

Willy se habia prestado á asesinar á D. Felipe y á Nuñez, porque de ambos temia él mismo, puesto que el primero sabia el secreto de que falsificaban moneda, y creia al segundo enterado del mismo asunto, segun se lo hizo creer Duval, diciendo que habia escuchado la conversacion que tuvo con los aliados en la Quinta.

Pero ¿se prestaria á quitar la vida á D. Manuel, cuando solo le consideraba como obstáculo á simples amores?

Duval vaciló por largo rato; pero conociendo que era el único medio que le quedaba para evitar ser descubierto, contestó á las palabras de Willey.

—Conozco, doctor, que teneis razon: nos interesa, nos conviene salir lo mas pronto de este país, donde vivimos en continuo sobresalto: conozco tambien que en Europa encontraria mujeres tan hermosas como Clotilde, y que me amasen mas que ella; pero todo esto que la razon me hace ver, no deja satisfecho al corazon; porque éste no raciocina, sino que siente.

—¿Y dejará de sentir menos, cuando el objeto que vd. ama pase á poder de su rival?

—¡Oh! es que nunca lo permitiré.

—¿Y cómo impedirlo?

—¿Cómo?

—¿No ha dicho ese antiguo principal de Nuñez, que Cabrera fué inocente, y que hará ver su inocencia?

—Sí; pero hay un modo de evitar que la pruebe.

—¿Cómo?

—¿No ha oido vd. que viene á informarse del paradero de una pobre jóven, cuya suerte ignora?

—Sí.

—¿Y no cree vd. que enviándole un aviso, acudirá al sitio á donde se le diga que se halla?

—Ciertamente.

—Pues yo pienso enviarle ese recado.

—¿Y despues?

—No lo sé; pero no faltarán medios para deshacerme de él. Es el único que puede inspirarme ya temor.

—Sí; porque Nuñez no hay miedo de que vuelva á hablar, y D. Félix está sentenciado á muerte, y próximo á marchar al patíbulo.

—Si vd., doctor, se quedase aquí un dia mas, estoy seguro de que ese D. Manuel, que tan sérios temores me inspira, sucumbiría sin remedio.

—¿Cómo! ¿otro asesinato mas?

—Tal vez.

—Hombre, eso es demasiado: apenas acabamos de librarnos de un enemigo, cuando ya quereis deshaceros del otro.

—Es indispensable.

—Pero dejad pasar siquiera algun tiempo.

Wiley no sabia que cada instante era un siglo de temores y de sobresaltos para Duval.

Este sospechaba que D. Manuel le habia conocido, y que si no reveló el secreto á D. Emilio desde el instante, era sin duda por que dispuso confiárselo en ocasion en que estuviesen solos y sin testigos.

Por lo mismo creyó que mientras viviese D. Manuel, estaba en peligro de ser denunciado, y resolvió deshacerse de él para no verse aprehendido por la justicia.

Un crimen arrastra al hombre á otro crimen, y Duval que, para ocultar el primero habia mandado asesinar á Nuñez, se creia en la imprescindible necesidad de cometer un nuevo asesinato.

Wiley, viendo que Duval, en vez de contestarle, se habia quedado meditando, le preguntó:

—¿Conviene vd. conmigo en que se debe dejar pasar algun tiempo?

—Al contrario. Creo que los males se atajan con facilidad atacándolos en el mo-

mento que aparecen: dejándolos tomar cuerpo, acaban con la vida del paciente.

—Peró....

—Con la cooperacion de vd., alcanzaria lo que anhelo.

—Si fuese por cosas importantes en que corriese peligro nuestro pesuezo, como sucedia viviendo D. Felipe y Nuñez, nunca economizo mis servicios; pero ¡por amores! ¡por una muchacha que está casi espirante y que desprecia á vd! Vamos, seria una locura que no me perdonaria jamás!

—¿Es decir que no cuento con su apoyo?

—En ese asunto, no: ademas, mis negocios y la hermosa Soledad reclaman mi presencia en México, y tengo dispuesto mi viaje para salir de Texcoco mañana muy temprano.

—Duval, conociendo la razon que acompañaba á Willey, y creyendo que él solo bastaba para combinar un plan y terminarlo felizmente, no quiso insistir, y casi arrepentido de haberle invitado, contestó con aparente buen humor.

—No me acordaba de que vd. tambien

trata de aprovechar la coyuntura de vencer á una ingrata.

—Cierto.

—Justa es, pues, la observacion de vd., y deseo que alcance lo que anhela, tan pronto como se vea al lado de su hechicera y confiada Adela.

—Y yo, que alcance vd. hacerse superior á esa pasion mal correspondida, y que deje vd. á ese pobre anciano decir cuanto juzgue conveniente.

—Mi resolucion está tomada.

—¿Y es?

—No desistir.

—No olvide vd. lo que ya le he dicho otras veces.

—¿Qué?

—Que una pasion condujo á la muerte á su hermano de vd. Picaluga.

—¡Silencio!

—Nadie nos oye.

—Ninguno debe saber que llevo ese apellido.

—Lo sé.

—Porque si alguno lo oyese, me perderia vd., y se perderia.

—Lo comprendo así; ¿pero está vd. reuelto á luchar contra los inconvenientes que se presenten para triunfar de su rival?

—Contra todos.

—Lo siento, porque veo que de esa manera se aleja el dia de nuestra partida; pero le deseo á vd. un pronto y feliz éxito, para que así se realice mi vehemente deseo de abandonar el país.

—Gracias.

Y Willey, acariciando en su mente las mas lisonjeras esperanzas de próxima felicidad, y Duval meditando en la manera de deshacerse de aquel hombre que podia perderle, llegaron á la posada en que estaban alojados.

El doctor, despues de encargar al criado que le despertase temprano, se despidió de su sócio y compañero de iniquidades, y se ocupó en arreglar algunas cosas para el viaje.

Duval se retiró á su cuarto pensando en

la manera mas segura de llevar á buen término su inicuo plan.

Por su causa habia muerto aquel dia un hombre.

Por él estaba próximo á marchar al patíbulo el inocente Félix.

Por él gemia en estrecha prision Ricardo, el amante de Inés.

Por él se hallaba enferma y sin esperanza de recobrar la salud la amorosa Clotilde.

Por él se veía manchado el apellido de Cabrera, y sin las riquezas que le pertenecian á Leopoldo.

Y por él, en fin, estaba en peligro un hombre honrado, el anciano y bondadoso D. Manuel, cuya muerte habia proyectado.

Pero nada de esto inquietaba aquella conciencia endurecida.

Para aquel hombre no habia en el mundo mas que tres deseos: poseer á Clotilde, alcanzar riquezas, y disfrutarlas sin temor.

Para conseguir esto último, tenia que deshacerse de D. Manuel que, si no le habia aun conocido, podia conocerle, y pensando

en los medios de reducirle al mas profundo silencio.

De repente se animó su rostro con una alegría satánica, y pareció satisfecho de una idea que habia concebido.

--¡Sí, sí!—exclamó:—¡el golpe es seguro!

Y se paseó por su cuarto con aire satisfecho y de triunfo.

¿Cuál era el plan que habia concebido?

En otra parte de nuestra historia lo llegaremos á conocer.

CAPITULO II.

Polkos y Puros.

Antes de ocuparnos de esta revolucion conveniente será que demos á conocer las causas que hubo para armar estas fuerzas, y el origen de la injusta guerra que trajeron los Norte-Americanos.

Desde los primeros años de haberse independido México de España, pensaron los gobiernos de Washington en la adquisicion de Tejas, provincia de las mas feraces de México, y propusieron la compra de sus terrenos en 1825 y en 1827, aunque sin éxito.

Durante el gobierno vireinal, la provincia de Tejas, merced á la prevision, actividad y vigilancia de los gobernantes españoles,